

El asesino de los mandamientos

Susanna Jiménez Román



EL ASESINO DE LOS MANDAMIENTOS

S. JIMÉNEZ

Capítulo 1

El asesino de los mandamientos

Otra vez en el Church, ya era la cuarta vez en un mes que iba a ese hotel para desconectar de su vida.

Pensaba, luego daba otro trago a su Martini, hacía ya un rato que había perdido la cuenta de cuántos había tomado. El abandono de su mujer le había destrozado por dentro y, sin saber el porqué, ese lugar le llenaba el vacío que sentía. Primero llegó a pensar que su mujer había desaparecido y hasta llevó el caso en su comisaría. Pero el caso fue archivado cuando su hija, Emma, encontró el diario de su madre y, llegaron a la conclusión que fue ella la que decidió desaparecer. Desde entonces, cada viernes, iba dejando a Emma con su abuela Sansa, a quien no le importaba cuidar de su nieta, ya que desde la muerte de su marido se sentía muy sola y la desaparición de su hija la había afligido mucho.

Un hombre joven que se sentó a su lado en la barra del bar interrumpió sus pensamientos. Iba vestido con un traje negro y por dentro llevaba una camisa blanca. Tenía bigote, sus extremos estaban perfiladamente enroscados en punta hacia arriba. Se lo quedó mirando sin pestañear, el hombre joven se percató, así que mantuvieron las miradas durante un largo periodo de tiempo.

-Buenas, -dijo el señor, hizo una pausa y después prosiguió-. Mi nombre es March, he sido informado que es la primera vez que vienes al Church - se hizo otra vez el silencio y continuó-. Te quería preguntar si estabas interesado en cenar con nosotros, disponemos de una gran variedad de platos y bebida.

No se lo pensó dos veces y aceptó. No le importaba quiénes fueran ni qué comida sirvieran, le intrigaba March. Los dos se levantaron. Notó por un momento que perdía el equilibrio pero consiguió estabilizarse. Seguía a March, no sabía adónde, pero lo seguía casi inconscientemente. Entraron en el ascensor. No podía distinguir unos números de otros, empezó a sonar esa musiquita de los años setenta mientras bajaban o subían, no lo sabía, se sentía confuso y desorientado. Sonó el ding final, ya habían llegado al piso seleccionado. Un largo pasillo que parecía casi no tener fin, se presentaba ante ellos, después de caminar unos minutos March se paró delante de la puerta, lo miró con una sonrisa sarcástica y le abrió para que procediera a entrar al salón que se hallaba detrás de esta. Dentro había una gran mesa rodeada de ocho sillas, tres a cada lado y dos al extremo. En las sillas laterales estaban sentados un hombre con una bolsa en la cabeza a su derecha, una mujer con aspecto ranchero y al otro lado

libre de esta un hombre que miraba cabizbajo hacia la mesa. En el otro lateral de la mesa, en lado derecho, había un hombre que lucía una media melena oscura, a su izquierda había un hombre aparentemente rozando la tercera edad y al lado de este una chica. Se la quedó mirando. Tenía el pelo rubio, rizado y corto de una forma que parecía que el pelo se le ensortijaba en la cabeza. Observó su cara, era muy blanca, demasiado pálida, podía ser causa de un maquillaje, porque parecía casi irreal.

Sin darse cuenta llevaba un buen rato mirándola o, al menos, eso le había parecido a él.

March interrumpió sus pensamientos diciéndole que tomara asiento. Este procedió a sentarse a un extremo de la mesa y March ocupó el sitio restante al otro extremo. Durante unos segundos se hizo un silencio incómodo. Entonces March procedió a hablar:

- Bienvenidos a la...- calló- Bueno, no me acuerdo de cuentas llevamos ya...- hizo una pausa y siguió hablando- En fin, bienvenidos ,otra vez, otro día más a una de nuestras cenas semanales. Hoy tenemos a un nuevo invitado- todos se giraron para mirar el extremo de la mesa en el cual estaba sentado. Todos se levantaron y cogieron la copa que tenían delante. Él, por no ser diferente, también se levantó y tomó la copa. Era una copa vieja, de un estilo muy clásico y dentro contenía un líquido que aparentemente parecía agua. Todos alzaron la copa en señal de brindis, intercambiaron unas miradas, y de un trago se lo bebieron. Él los miró y tragó. Notó como le quemaba exageradamente la garganta, y luego empezó a verlo todo borroso y difuminado.

- ¿Qué me he tomado?-dijo- March lo miró con una mirada inexpresiva y una sonrisa tonta y le dijo:

- Absenta- y se empezó a reír.

Abrió los ojos, estaba asustado y desconcertado. Se preguntaba dónde se encontraba y qué había pasado, no se acordaba de nada, su último recuerdo era la silueta de March borrosa. Intentó levantarse de la cama, y cuando consiguió estabilizarse y sentarse en la cama todo le dio un vuelco y por un instante se mareó. Analizó el lugar donde se encontraba. Era una habitación ancha y larga, seguramente del hotel, él estaba en una cama de matrimonio situada en medio de la estancia, a su derecha había una mesita de noche con una lámpara pequeña llena de polvo, delante suyo estaba el cuarto de baño y al lado de la puerta había un armario vacío que ocupaba casi toda la pared.

Aún no conseguía enfocar las cosas y tenía un tremendo dolor de cabeza, sentía mucha presión en la sienes y empezaba a tener náuseas.

Se giró lentamente para examinar qué había detrás suyo. Había una ventana con unas cortinas rojas de terciopelo que pese no estar abiertas por un pequeño espacio dejaban pasar un rayo de luz considerable. Siguió girando la cabeza y vio a una mujer sentada en un sillón fumando un cigarrillo, vestía una especie de albornoz de seda y por lo que podía ver no llevaba nada más debajo. Dio un pequeño salto del susto, y intentó abrir los ojos para ver quien era.

-¿Quién eres?- dijo él con un tono de voz neutro. Esta se le quedó mirando dio un calo a su cigarrillo, expulsó el humo y procedió a hablar.

-Buenos días a ti también -contestó- Me llamo Sally,nos conocimos ayer por la noche en la cena de March. Se sentía desconcertado, dónde se encontraba y qué hacía ella en la misma habitación que él.

-¿Dónde estoy?¿Qué hago aquí? Y sobre todo,que haces tú aquí?- preguntó ansiosamente. Ella soltó el humo del cigarrillo que previamente había aspirado, soltó una pequeña risa tonta y después tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó.

-Estás en el mismo sitio que ayer, en el Church, estás aquí porque creo recordar que te tomaste unas copas de más luego te perdí de vista durante dos horas. Cuando te volví a ver deambulabas por los pasillos inquieto, así que fui a recepción te pedí una habitación y te acompañé a esta.- él asintió mirándola a los ojos, luego frunció el ceño un poco desconcertado por la situación. Analizó cada palabra de lo que ella le había dicho, intentó recordar algún detalle de la noche anterior pero nada, no tenía ni el más mínimo recuerdo. Se volvió a voltear y se la quedó mirando. El rayo de luz iba dirigido directamente a ella. Poseía una belleza peculiar, tiempo atrás no se habría fijado en una mujer así pero ahora se sentía una atracción muy fuerte. Sintió un sentimiento muy extraño en su interior, agitó la cabeza y le preguntó:

-¿Qué hora es?- se la quedó mirando y en menos de cinco segundos le respondió:

-Las doce y diez.

Tardó diez segundos en ponerse los zapatos asearse y salir lo más rápido que pudo de esa habitación. Llegaba una hora y diez minutos tarde para ir a recoger a su hija a casa de su abuela.

Capítulo 2

Salió lo más rápido que pudo de ese hotel, buscó su coche en el aparcamiento, encendió el motor y fue a buscar a su hija.

Pasaron diez minutos hasta que llegó a su destino. Odiaba la casa de Sansa, le recordaba a todos esos momentos con su mujer, en los que eran felices. Llamó a la puerta y al segundo Emma le abrió la puerta.

-Llegas una hora y veinticinco minutos tarde- le dijo. Él la miró con una mirada de lamento y le dio un beso en la mejilla. Esta le correspondió con una pequeña sonrisa. No era consciente de la suerte que tenía en haber tenido una hija tan especial como ella. Tenía el pelo de un rubio tan claro que parecía casi blanco, sus ojos eran de color azul cielo y su piel era como un lienzo blanco con un estallido de pequeñas pecas.

-Llegas tarde, como siempre.- le dijo secamente ella. Comprendía que en momentos en los que su trabajo resolviendo casos de asesinato en su trabajo le ajustase los horarios y le dificultará el poder pasar tiempo con su hija. Pero ese viernes no le dio explicación alguna y eso a ella no le gustó. Le invitó a pasar y después de dialogar un rato, Sansa puso la comida en la mes, y mientras charlaban, y entre risas comían, se hizo tarde. Se despidieron de Sansa y se fueron los dos para casa. Mañana sería un día de descanso, lo dedicaría a hacer tareas del hogar, quitarle el polvo a los viejos trastos que acumulaba y a pasar tiempo con su hija, que entre unos casos y otros tenía la sensación que no estaba lo suficientemente con ella.

El domingo pasó más rápido de lo que pensaba y, sin darse cuenta, ya estaba sonando la alarma de su móvil indicando que eran las siete de la mañana. Pegó un salto de la cama y se frotó los ojos. Se dirigió a la ducha, se quedó un momento quieto, esa mañana se sentía relajado así que se quedó paralizado bajo el agua caliente y se concentró en la sensación que tenía cuando esta hacía contacto con su piel. Se enjabonó entero, se aclaró y al salir de la ducha se envolvió con una toalla la mitad inferior de su cuerpo. Cogió otra toalla y se la frotó por el pelo para deshumedecerlo. Se dirigió a la habitación de su hija, le acarició la mejilla y poco a poco la fue despertando. Cuando esta se levantó de la cama decidió la ropa que quería ponerse y su padre la ayudó a ponérsela. Bajaron los dos juntos al piso de abajo para ir a la cocina. Hoy su padre le preparaba tortitas con sirope, el desayuno que más le gustaba a ella. Estando desayunados recogieron los platos y se fueron al coche. La dejó en el colegio. Aparcó en la entrada, ella le dio un beso en la mejilla, se desabrochó el cinturón de seguridad y después cogió la mochila, abrió la puerta y bajó del coche. Él esperaba en el coche hasta verla entrar dentro del edificio como siempre hacía. Arrancó el coche y fue directo a la comisaría donde trabajaba. Sin saber el porqué la tranquilidad que sentía

se esfumó rápidamente. Tenía el presentimiento de que algo iba a pasar, aunque aún no supiese que eso le cambiaría drásticamente la vida.

Después de aparcar en su plaza correspondiente, entró en el bloque donde se encontraba su departamento y su oficina. Entró en el ascensor y marcó el número diez. Al llegar cada persona que se le cruzaba le daba los buenos días, y cuando se encontró con sus compañeros casi al unísono también le dieron los buenos días. Gajes de ser jefe pensó, y rió entre dientes para que quien le estuviese mirando no se diese cuenta. No había entrado en su despacho y ya tenía a Thomas esperándolo fuera para hablar con él. Sacó la llave de su bolsillo, abrió la puerta y después lo invitó a pasar. Se acomodó en su silla, se acercó a la mesa y con una mano le indicó a Thomas que se sentase y le dijo:

-Que seamos amigos y trabajemos juntos no significa que me puedas venir a dar la lata de nada más llegar.- Levantó un poco la comisura del labio derecho y Thomas soltó una breve risa.

- Tengo algo que te va a interesar- hizo una pausa y continuó.- Tenemos un nuevo caso jefe, este se lo quedó mirando esperando a que le diese más información, Thomas se dio cuenta, se aclaró la garganta y siguió.- Hoy a las seis de la mañana hemos recibido una llamada de la señora de la limpieza de la casa de los Smith, ya sabes la mansión que hay casi a las afueras, se ha encontrado a los hijos de la señora Smith brutalmente asesinados- hizo una pausa para ver la reacción en la cara de su jefe, este le estaba mirando y le contestó.

-¿Han desmantelado ya la escena del crimen?- casi al instante de preguntarlo Thomas respondió.

-No.- su jefe dio un salto de la silla, cogió las llaves del coche patrulla que tenía asignado, le dio una palmadita a Thomas en el hombro y le dijo:

-Entonces a qué esperamos.- Thomas se levantó casi tan rápido como él lo había hecho, salieron de la oficina para dirigirse al parking donde tenían guardado el coche.

Thomas se sentó de copiloto, se abrochó el cinturón de seguridad y antes de que sonase el clip confirmando que el cinturón estaba bien abrochado su jefe ya había arrancado el coche y había salido de su aparcamiento.

Tardaron media hora hasta llegar su destino. Cuando llegaron a la casa atravesaron la valla de metal que había en la entrada. Se la quedaron mirando sorprendidos unos segundos por la grandeza de esta, y los dos pensaron cómo alguien podría haber accedido a la casa si la única manera de hacerlo era saltando. Siguieron con el coche el camino de tierra que les llevó hasta la puerta de la casa, ahí aparcaron y bajaron. Había un policía vigilando la puerta de la casa, los dos les enseñaron sus credenciales y

entraron dentro de la casa. Ahí se encontraron con Stiff, este era el nuevo compañero de Thomas medía uno sesenta y cinco si llegaba, llevaba unas gafas redondas y pequeñas que hacía que le apretaba la nariz tenía y aparentemente tenía un aspecto ridículo. Saludó a Thomas y a su jefe y los guió a la habitación donde se encontraba la escena del crimen.

Era una habitación enorme y casi vacía, tenía unos siete metros de altura y doce de ancho, y en medio se encontraba una enorme escultura de arte. Esta tenía forma de cruz y se le cruzaban cables e hilos. Era como una "x" enorme. La escena era impactante, los hijos de la señora Smith estaban colgados de los extremos superiores de esta, amarrados por los cables e hilos de la escultura. Estaban casi desnudos, la única prenda de ropa que llevaban era unos calzoncillos blancos que estaban completamente rojos del sangre. A Thomas le entró un escalofrío cuando al acercarse para observar mejor lo sucedido, los dos hermanos tenían una raja que le recorría desde el principio del abdomen hasta el final de esta. Era una escena muy desagradable, ya que por esa rajada se le salían las tripas. Nunca había visto un homicidio tan brutal. Unos metros cerca de la escultura se encontraba el arma homicida. Era un cuchillo. Lo recogieron para llevárselo al laboratorio con la intención de examinarlo, aunque aparentemente no parecía tener huellas. Thomas pegó un pequeño bote cuando su jefe le pasó por el lado y dijo:

-Thomas, fíjate, hay una nota -Thomas lo miró con una mirada llena entre curiosidad y un poco de miedo. Su jefe lo adelantó y leyó la nota en voz alta:

- Honrarás a tu padre y a tu madre. No codiciarás los bienes ajenos.

Cruzaron una mirada de confusión, ya que no estaban seguros de que tenía que ver la escena en la que se encontraban con la nota que había dejado el asesino.

Días después de lo sucedido seguían en la oficina investigando la relación que podrían tener los dos hermanos respecto a esa curiosa nota. Esa mañana llevaba dos horas ya seguidas observando casi de una manera hipnótica las imágenes que tomaron del crimen. Puso a todos sus trabajadores a investigar todos y cada uno de los detalles de la vida de los hermanos Smith y también la de sus padres. Preguntaron a todas las personas que conocían, desde sus amigos más íntimos, los cuales parecían muy afectados por su pérdida, hasta el peluquero que los peinaba. Aun así no conseguían avanzar en el caso, nadie se beneficiaba de la muerte de esos dos jóvenes ni tampoco nadie tenía motivos para matarlos tan brutalmente.

Llegaron a pensar que el asesino podría haber dejado la nota para despistar y ocultar su identidad. También pensaron que quizás sufría de algún tipo de trastorno mental, o simplemente que quería jugar con ellos.

Después de esa semana tan dura de trabajo fue a recoger a su hija del colegio y se dirigió a casa de Sansa para dejarla con ella, ya que al ser viernes quería desconectar y disfrutar de unos momentos de intimidad. Sansa le pidió si su nieta podría quedarse con ella hasta el domingo por la tarde, ya que tenía cosas en mente para hacer con ella, él accedió.

Hecho esto, se quedó pensando qué hacer, no lo tenía muy claro, quizás llamaría a Thomas para ver si le apetecía ir a tomar algunas copas a algún bar o si simplemente le apetecería ver alguna película en su casa. Pero esa idea se le borró tan rápidamente como le vino al acordarse del hotel Church. Sin pensárselo dos veces cogió el coche y se dirigió allí.

Al entrar no le resultó difícil pensar qué hacer, así que fue directo a la zona del bar. Para acceder a esta solo había que subir unas enormes escaleras y girar a la derecha. Era bastante íntima ya que solo tenía una gran barra para servir con unos altos taburetes y unas pocas mesas apartadas a parte, claro está, de la cantidad de botellas de licores que había colocados de una manera perfecta en estanterías detrás de la barra.

Se colocó en el taburete del medio. El camarero se giró y le preguntó qué quería tomar. Él le contestó y mientras le preparaba la bebida empezó a analizarlo. Medía uno noventa y era muy delgado. Abrió los ojos de repente, no sabía cómo no podía haberse fijado pero el camarero, si es que era un hombre, llevaba unas largas uñas postizas color rojo brillante. Iba maquillado. En los párpados lucía unas sombras de color azul que resaltaba con la túnica o vestido o... Lo que fuese que fuera eso que llevaba. Los labios también eran rojos como las uñas, y en los párpados lucía una sombra color rosa fuerte que atenuaba con otra de color más suave. Este, al darse cuenta de que lo miraba le dijo:

-¿No sueles ver a muchas personas como yo verdad? .-le pilló de sorpresa ese comentario ya que seguía preparando la bebida con toda normalidad.

- No, solo que...- dijo con un hilo de voz.

- No te preocupes, se que no se suele ver mucho hombres vestidos y maquillados como mujeres, estoy acostumbrado a que me observen.

-Si te has sentido ofendido lo lamento, no era mi intención, solo que no me había fijado hasta ahora.

-Claro.- le dijo.- Cuando me viste la última y primera vez, ya llevabas unas copas encima.- lo miró con una media sonrisa y evitó reírse, pero

cuando vio que su comentario le hizo gracia y se estaba riendo entonces soltó una carcajada.

Entre copa y copa estuvieron hablando más de una hora seguida, el camarero cuyo nombre era Frank, pero se hacía llamar Frida, le contó que hacía diez años que vivía y trabajaba en el Church, ya que se sentía acogido por la gente de ese lugar y además no tenía ningún sitio adonde ir. Así que le contó su historia.

Antes era empleado de una empresa de negocios, era uno de los que lo coordinaban todo, tenía un hijo pequeño y una mujer. A pesar de tener una buena vida, se sentía vacío, extraño, no estaba agusto con sigo mismo. Un día vio un vestido de su mujer colocado en la cama, como si estuviera puesto para él y algo le incitó a probárselo. Con el vestido ya puesto, se maquilló, se puso tacones y se miró en el espejo, desde ese momento supo quién era en realidad y la causa de su vacío. Intentó reprimir ese sentimiento, pero se dio cuenta que no podía reprimir lo que era, aun así siguió su vida con normalidad hasta que un día por temas de negocios se encontraba en ese hotel con dos compañeros de trabajo más. Ellos le propusieron irse de fiesta, ya que ya habían finalizado el trabajo, pero él se negó. Intuía las intenciones de sus compañeros, irse a un bar a emborracharse y luego ir de prostitutas, sabiendo su condición se negaba.

No sabía cómo matar el tiempo, así que decidió cotillear la habitación, no había nada interesante que hacer, estaba solo.

¿Solo?.- pensó. Decidió aprovechar la oportunidad y pidió a la recepción que le trajesen un vestido. Se lo puso y empezó a mirarse en el espejo haciendo poses. Al estar el pasillo vacío decidió pasearse con andares de modelo. Estaba desfilando, hasta que de golpe, al girarse, había una mujer fumando un cigarrillo apoyada en la pared. Tenía un aspecto muy formal, llevaba los labios pintados de un rojo intenso e iba maquillada disimuladamente, lucía un vestido ceñido que acentuaba su figura y por encima un abrigo de piel.

-Continúa por favor -le dijo a Frida que por aquel entonces era Frank en un tono calmado. Él, avergonzado, se tapó el cuerpo con las manos como pudo. Ella se acercó lentamente con una sonrisa de cariño dibujada en la cara, le acarició la mejilla y le dijo:

-No te sientas avergonzado de lo que eres, ni de lo que sientes -le cogió la mano con delicadeza y le dijo- ¡Vamos a arreglarte! Frank ni se inmutó, decidió seguirla. Subieron en ascensor hasta la última planta en silencio, y esta no era una planta de hotel normal, era una habitación de enormes dimensiones, de dos plantas, incluía una cama de matrimonio en la cual podrían caber más de cuatro personas, una cocina de lujo, cortinas de terciopelo blanco, suelos de mármol...Estaba impresionado, subieron las

escaleras y se dirigieron a un vestidor enorme el cual incluía un tocador. La mujer misteriosa le invitó a sentarse, estuvieron hablando un rato, ella era la dueña del hotel y estaba liado con Finik, que era su pareja y vivía con ella, su nombre era Jess. Frank le contó su historia, cómo se sentía y lo confundido que estaba. Jess sin decir más, cogió una brocha y empezó a maquillarlo, le puso uñas postizas y le ofreció ponerse uno de sus miles vestidos preciosos. Al acabar hizo a Frank mirarse en el espejo, este empezó a llorar de la emoción al ver lo bien que se sentía con ese aspecto. Ella le abrazó, se apartó suavemente y mirándole a los ojos le asintió.

Desde entonces, Frank se hizo llamar Frida. Dejó su trabajo y abandonó a su familia por miedo al rechazo, no quería saber qué pensaría la gente al verlo tan cambiado. Jess le ofreció una habitación en el hotel para quedarse a vivir a cambio de que trabajase allí, y aceptó. Allí sería una persona diferente, podría ser ella misma, que era quien se sentía que era y aunque le doliese dejarlo todo atrás sintió que era lo correcto.

Después de que Frida le contase la historia se tomaron unas copas juntos.

Capítulo 3

Como cada lunes, se levantó por el estridente sonido de la alarma.

Después de toda la rutina matinal de los lunes llevó a su hija al colegio y se dirigió a comisaría. No había recibido ninguna llamada fuera de lugar durante el fin de semana, así que supuso que nada interesante había pasado. Se equivocó.

Al llegar a comisaría, Thomas lo paró de golpe nada más salir del ascensor y casi con un tono de emoción en su voz dijo:

-Tenemos otro caso.

Juntos se dirigieron al lugar del crimen, esta vez cometido en un hotel de lujo. Uno de sus compañeros les llevó a la habitación donde había ocurrido. La escena era estremecedora.

Se encontraban en una habitación enorme, justo en el centro estaba colocada una espaciosa cama de matrimonio con unas preciosas sábanas blancas teñidas de rojo.

Encima de la cama había un hombre estirado con la espalda apoyada en el cabecero de la cama sobre este una mujer con las manos clavadas en el cabecero y una especie de lanza que le sobresalía de su espalda, se clavaba en la clavícula del hombre y posteriormente en la cabecera. Los dos estaban desnudos por completo. Al lado de la cama había una mesita de noche con un vaso de agua la cual desbordaba por algún extraño objeto que había dentro. Él y Thomas se acercaron y les dieron arcadas al ver que lo que flotaba en ese vaso, eran los ojos arrancados del hombre extendido en la cama. Después de fotografiar la escena del crimen, procedieron a quitar los cadáveres. Al revolver las sábanas un pedazo de papel cayó al suelo. Pidió unos guantes de goma para no ensuciar con sus huellas este, se los puso, Thomas se acercó y susurrando leyeron al unísono:

-No cometerás actos impuros.

Se pasaron todo el camino de vuelta a comisaría en silencio. Cada uno pensando en su cabeza la escena que acababan de ver. Thomas era un poco novato, no había visto crímenes tan sanguinarios y esa escena se le había quedado grabada en la memoria. Y sabía que nunca se iba a deshacer de aquella imagen. Eso le hacía sentirse lleno de rabia y vulnerable. Para calmarse y darse cuenta cual era el motivo que le había

llevado a ese oficio se sumergió en su mente.

Tenía 15 años, volvía del colegio como cada día exceptuando fines de semana. Era finales de curso el calor empezaba a envolver la ciudad de una forma cálida. Se acordaba perfectamente de lo que llevaba puesto aquel día. Una camiseta blanca y roja de su equipo de baseball favorito recién estrenada, unos tejanos anchos que le llegaban por encima de las rodillas y con los cuales se le veía los calzoncillos, ya que eran heredados de su hermano mayor al cual ya le iban pequeños. Llevaba las mejores deportivas que tenía porque aquel día quería impresionar a una persona de su misma clase. Llegó a casa puntual como siempre, llamó a la puerta pero no le abrió nadie. Sacó las llaves de su bolsillo y delicadamente abrió la puerta por si su padre se había quedado dormido en el sofá. Cuando se asomó al comedor para ver si estaba, se encontró con el sofá vacío. No le dio importancia al suceso, pensó que se habría ido a hacer la compra. Y se puso a ver la televisión. Dos horas después llegó su hermano de la universidad y cansado se tumbó a su lado. Poco rato después le preguntó por su padre, Thomas le dijo con la mirada clavada en la televisión que cuando él había llegado no estaba. Su hermano después de un rato subió las escaleras. Y en pocos minutos se escuchó un grito ahogado. Thomas, preocupado subió tan rápido como pudo las escaleras y se dejó guiar por donde creía que había escuchado el grito. Provenía de la habitación de su padre. Su hermano tan deprisa como pudo le gritó que no entrara, pero ya era tarde. Alrededor del cuello de su padre había una soga la cual se encontraba atada a la lámpara, sus pies no tocaban el suelo, y su cara estaba blanca y aparentemente fría, ya era tarde, muy tarde. Thomas se quedó hipnotizado contemplando la mirada de su padre, que ahora era fría. Después de llamar a la policía su hermano fue corriendo hacia él, lo abrazó y lo intentó calmar. Meses después se encontró una nota en la cual amenazaban a su padre, y en el estudio forense determinaron signos de forcejeo. Después de un año sin avanzar en el caso, decidieron cerrarlo. Y los dos hermanos quedaron en responsabilidad uno de otro. Desde aquel momento supo, que él no permitiría que nadie se fuera de rositas después de dejar un hueco tan grande en la vida de nadie, que no dejaría que otras familias sufrieran esa intriga y ese malestar con el cual se había acostumbrado él a vivir por el resto de sus días.

Nada más llegar a comisaría se pusieron a ver todas las imágenes tomadas y la nota que dejó el asesino en el crimen de la habitación del hotel. Claramente, estaban cometidos por la misma persona. Estos presentaban muertes crueles y desgarradoras que a cualquiera podría erizar la piel.

También llegaron a esa conclusión ya que el papel empleado para las dos notas era el mismo y la caligrafía era idéntica, no tenía ninguna

imperfección.

Después de estar todo el día revisando el caso se fue a buscar a su hija al colegio. La notó más seria de lo normal y le preguntó cuál era el motivo. Al llegar a casa hablaron del tema. Resulta que no se encontraba cómoda en el colegio, decía que veía a todos los niños estúpidos y egocéntricos, admitió que igual ella era un poco maniática. Se cansó de hablar con su padre y se dirigió a su dormitorio. Se tumbó en la cama agotada. Aunque era tan solo una niña se daba cuenta de cómo se movía la sociedad. La gente era cruel, muy cruel. Cada día veía como niños tenían que aguantar insultos de otros por su carácter o apariencia.

-¿Cómo quieren que crezcamos mentalmente estables si desde que somos niños nos someten a tanta presión? -se preguntaba. La verdad no conseguía verle el sentido a nada.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos con los toquecitos en la puerta de su padre gritándole que la cena ya estaba lista.

Mientras cenaban le contó sus inquietudes y sus pensamientos a su padre. La miraba maravillado por la capacidad de razonamiento que tenía Emma.

-Espera un momento- le dijo. Ella se lo quedó mirando a punto de meterse una cucharada en la boca.

-¿Cuántas personas malas has conocido al largo del tiempo?- Emma se lo quedó mirando confusa y levantó dos dedos de la mano.

-¿Y buenas?- la verdad es que no podía contar la de personas buenas que se habían cruzado en su vida, así que puso una mueca indicando que no lo sabía.

-Pues claro-respondió su padre. - Has conocido cómo a mil personas buenas que, o te han sonreído por la calle o te han ofrecido su ayuda o han gastado una parte de su tiempo para emplearlo en ti, en cambio, solo con dos personas que se han portado mal contigo ya te parece que todo el mundo es cruel y malo. ¿A qué crees que se debe?- no sabía qué decir, así que continuó con la mirada clavada en sus ojos esperando que su padre resolviese esa pregunta.

-Una caricia hace menos ruido que una bomba.

Recogieron la mesa, se dieron las buenas noches y cada uno se fue a su habitación. Al cabo del rato, empezó a escuchar voces procedentes de la

habitación de su hija y se asomó para ver con quién hablaba.

Al entrar le preguntó a su hija con quién hablaba y esta le respondió:

-Estoy hablando con mi amigo March- los ojos de su padre se abrieron como platos de sorpresa. Forzó una sonrisa cerró la puerta y se acostó. Le pareció mucha casualidad que el amigo imaginario de su hija se llamase igual que el dueño del hotel donde se alojaba él cada viernes. Después de estar un rato dándole vueltas pensó que era una tontería y se durmió profundamente. Estaba muy equivocado.

Capítulo 4

La semana pasó rápido, el tiempo en sí pasaba rápido. Era viernes, aun sabiendo que se podría ir por la noche al hotel se sentía desganado. No, mentira, se sentía triste y frustrado. No habían avanzado nada nuevo en el caso, no había pruebas ni nada que relacionase a las víctimas ni del primer crimen ni del segundo. Estaba agotado, como no va a cansar esforzarse en algo mucho para no avanzar. A parte, su pasado no se lo hacía más fácil, lo atormentaba cada día casi en cada momento, le nublaba la vista, podía hacer el día más soleado del mes que él sentiría en un día de lluvia.

Como siempre, después de dejar a su hija en el colegio se dirigió a comisaría. El sonido de alarma del ascensor señalaba que ya había llegado a su planta. Thomas lo recibió con entusiasmo, como siempre hacía, pero esta vez le vio algo diferente, un poco más nervioso.

-Jefe, lo tenemos, hemos encontrado una pista que afirmaba que esas personas se habían visto otras veces- sorprendido, fueron casi corriendo hacia donde se encontraba la pizarra blanca con las pruebas y las imágenes de los dos homicidios.

Efectivamente, los registros bancarios confirmaban que habían estado en otros hoteles antes, dedujeron que eran amantes ya que ambos estaban casados y con hijos. Pero había algo que les despertaba la curiosidad ya que se encontraban dos veces por mes en distintos hoteles, pero la última, vez antes de que fueran asesinados pasaron unos dos meses hasta su encuentro. Indagaron un poco más y descubrieron que el último hotel antes de su muerte donde se vieron fue el Church.

Se hizo el loco, como si nunca hubiese escuchado ese nombre antes. Y decidió no darle importancia ya que encontraba que solo era una casualidad como otra cualquiera.

Ya eran las ocho de la noche. Cenó en casa de Sansa con Emma, pasó un rato con ellas y luego se despidió con la excusa de que tenía mucho trabajo pendiente cuando la realidad era que iba a tomarse unas copas y a distraerse. Quedaron en que el domingo pasaría a por Emma y se fue.

Entró en ese gran hotel, el olor ya se le había hecho familiar, subió las escaleras para dirigirse a la barra del bar. Ahí estaba Frida dándole brillo

con un trapo a las mesas, todas estaban vacías, como siempre, pero a él eso ya le gustaba. La saludó y entre copa y copa estuvieron hablando. De golpe notó que una mano se posaba en su espalda y se deslizaba hacia su hombro con una delicadeza que le era familiar. Se giró con cautela y chocó con esa mirada que hacía unas semanas que no veía. Sally. Aunque quisiera aparentar lo contrario la había echado de menos. Se levantó y le dio un beso en la mejilla y la invitó a sentarse a su lado para incluirse en la conversación. Durante todos estos días algo le había pasado, algo le faltaba, el vacío que sintió se desvaneció casi al instante con su aparición.

Estuvieron los tres charlando y bebiendo hasta que Frida se fue y solo quedaron ellos dos. Sally sugirió ir a ver a March y él aceptó ya que su presencia también era de su agrado. En su habitación, si es que se le podía llamar habitación, ya que aparentaba un piso enorme, se reunieron con las mismas personas con las que se encontró la primera vez que estuvieron tomando unas copas entre carcajadas y curiosas anécdotas.

Estuvieron ahí hasta medianoche, Sally le ofreció acompañarlo hacia su habitación, y aunque él estaba deseando pasar un rato a solas con ella, no estaba del todo seguro. Empezaba a verlo todo borroso. En lugar de ver caras veía grandes manchas difuminadas. No estaba seguro de qué estaba pasando pero se desplazaba hacia algún lugar y una mano fría cogía su mano. Supuso que era la de Sally, de golpe unos labios empezaron a jugar con los suyos y él siguió el juego. Seguía sin ver nada. De golpe escuchó gritos, un ajetreo de hojas, caos. Ya ni siquiera veía borroso, solamente negro. Segundos después la vista se le despejó un instante, la única imagen que pudo captar fueron sus manos ensangrentadas.

Se despertó de golpe por culpa del estridente ruido de la alarma, se frotó los ojos y se dirigió al lavabo para asearse, al volver fijó su mirada en la cama, ahí estaba Sally durmiendo, su rostro desprendía una tranquilidad absoluta. Se sentó en la butaca y se la quedó mirando con una mirada que desprendía cariño. Poco a poco se fue despertando, lo miró y le dedicó una amplia sonrisa. Se levantó con delicadeza, llevaba un camisón de seda blanca el cual no daba mucho a imaginar, le dio un suave beso en la mejilla. Los dos se vistieron y bajaron a la zona de restaurante para comer ya que eran las dos de la tarde. Hicieron todo el viaje hasta este en silencio, ninguno de los dos encontraba tema de conversación hasta que él soltó:

-¿Recuerdas algo de lo que pasó anoche? -y miró fijamente a Sally.

-Pocas cosas- respondió ella- vinimos de la habitación de March, y Frida nos subió una botella de vino y se quedó con nosotros charlando un rato,

al irse ella, los dos estábamos cansados y nos quedamos dormidos.

-¿No pasó nada más?- dijo con un tono borde.

-No -respondió ella que se tomó esa pregunta a modo de ofensa- no es necesario que siempre que pasemos un rato juntos nos acostamos.

Ella empezó a caminar más rápido dejándolo atrás. Sabía perfectamente que la había cagado y anduvo más rápido para alcanzarla y aclararle el malentendido. Aceleró y se colocó delante de ella mirándola a los ojos.

-No quería decir eso, es que tengo recuerdos confusos de ayer y no estoy seguro de que pasó -hizo una pausa- ¿En algún momento se nos cayó el vino o algo por el estilo...?

- Sí-¿ Por qué?

-Verás, es que no recuerdo nada de anoche, solo como una especie de visión donde tengo las manos rojas -entonces ella contestó:

-Eso es la botella que se nos cayó encima de la cama y después vino Muriel a cambiarnos las sábanas para lavar las sucias.

- ¿Quién es Muriel? -dijo él.

- Muriel es la encargada del mantenimiento de las habitaciones, y en ese servicio se incluye el de limpieza- sus palabras lo aliviaron el mal cuerpo con el que se había despertado y levantó la comisura de los labios al deshacerse de esa sensación. Se miraron directamente a los ojos. Ni él se dio cuenta del secreto que ella guardaba en su mirada.

Capítulo 5

Ya que no tenía que ir a buscar a su hija hasta el domingo decidió quedarse con Sally en el hotel el resto del día. Desayunaron juntos con Frida y más tarde se les unió March aunque se despidió muy pronto ya que decía que tenía muchos asuntos pendientes. Al final se volvieron a quedar solos. Estaban tonteando cuando inesperadamente empezó a sonar su móvil, miró para ver quién era y se extrañó al ver que la llamada provenía de comisaría. Atendió a la llamada tan rápido como cuando vio quien era y miró a Sally con una mirada de lamento por interrumpir la mirada que estaban teniendo. Como no, era Thomas y, como no, había un nuevo caso. Le explicó a Sally lo sucedido ya que lamentaba tener que irse tan repentinamente, ella se ofreció a acompañarlo y él aceptó.

Fueron directamente a la escena del crimen donde habían quedado con su compañero para ver la situación y analizar la escena.

Nada más llegar presentó a Sally y a Thomas el cual no se esperaba que su jefe fuera a venir acompañado de una mujer tan peculiar aunque bastante atractiva, la advirtieron de que si entraba la escena podría ser bastante chocante y que era mejor que permaneciera fuera, pero ella se negó y los siguió.

El lugar del crimen estaba ejecutado en los juzgados casi al centro de la ciudad. Desde el exterior se respiraba calma, quién podría imaginar lo que ocurría dentro. Al entrar destacaban dos grandes columnas y en el centro de ese enorme recibidor había una enorme balanza que representaba el equilibrio entre el bien y el mal. Uno de los extremos estaba más inclinado hacia abajo que el otro del cual también se veían caer unas gotas rojas. Tuvieron que ir a buscar escaleras ya que nadie podía acceder ahí arriba. Hicieron fotos de cómo estaba situado el cadáver y luego lo bajaron.

Era un hombre. Llevaba puestos unos tejanos, a decir verdad de alta gama y unos zapatos que costarían el sueldo de un mes de una persona de clase media. No llevaba camisa ni nada que le cubriera el resto del cuerpo. Tenía los codos partidos, los brazos le daban una especie de vuelta que a cualquiera se le hubieran revuelto las tripas y las manos atadas con unas esposas. Seguía teniendo los ojos abiertos, transmitían una mirada de misericordia mezclada con miedo, como si antes de morir hubiera suplicado que no le matasen. En el cuello tenía una gran marca roja que rodeaba todo el contorno y la cual daba a entender que había muerto estrangulado. Encima de su pecho había colocado casi perfectamente un rosario, esto les dio a entender que el asesino quería

dejarlo ahí y que lo viese.

Los dos se giraron para ver cómo estaba Sally ante esas escalofriantes imágenes, ya que cualquiera que no tuviera el hábito de ver esa clase de escenas podría afectarle gravemente. Los dos se quedaron extrañados ya que Sally mostraba una cara de indiferencia, no expresaba ningún tipo de emoción, se la quedaron mirando durante unos segundos más pero nada, su rostro no daba a entender qué sentía.

Todo el equipo de policía se fueron, incluidos ellos, llevaron a Sally de vuelta al hotel ya que cogía de camino y fueron a comisaría.

Estaban hablando de hipótesis cuando recibieron una llamada proveniente de uno de los forenses y les exigió que bajaran lo antes posible.

Les indicó el camino hacia donde estaba trabajando con el cadáver encontrado esa misma mañana, les indicó la hora de la muerte que, seguramente había sido entre las dos o las tres de la madrugada, y otros datos más. Luego levantó la sábana que cubría el cuerpo.

Tenía la espalda completamente llena de cuchilladas, todas estas formaban dos frases:

No dirás falso testimonio, ni mentirás y más abajo había otra que ponía:
No codiciarás los bienes ajenos.

Se miraron de golpe, en aquel instante entendieron todo.

Subieron arriba y se dirigieron a donde tenían la pizarra con todos los asesinatos relacionados.

Empezaron a darle vueltas a los casos, tenían unos gemelos asesinados en la mansión de sus padres, dos amantes que cobraron el precio por engañar a sus respectivas parejas y ahora el cadáver de un hombre encontrado en el juzgado.

Decidieron investigar el último caso y se pusieron a ello.

Se llamaba Patrick Patterson, tenía cuarenta años y trabajaba en un mecánico había estado acusado por robo a mano armada y por pertenecer a una banda la cual traficaba con drogas. Se ve que el día antes de su asesinato se había realizado el juicio para ver si le acusaban o no y salió impune. Claramente vieron que no podía ser casualidad y investigaron su caso a fondo se pasaron toda la madrugada en la oficina sin casi darse cuenta ya eran las siete de la mañana. Thomas fue a la cafetería encargó dos cafés uno para él y otro para su jefe, no tenían ninguno de los dos buen aspecto, a decir verdad, se notaba que iban faltos de horas de sueño y a los dos les convendría una ducha, pero finalmente llegaron a la

conclusión que seguramente Patrick no era tan inocente como lo declararon.

El asesino mostraba de una forma peculiar una voluntad de hacer el bien, era claramente un asesino en serie, un psicópata. Y sabían que aún no había acabado. Llevaba tres asesinatos en los que había dejado en cada uno una nota con uno más mandamientos. Llevaba cuatro mandamientos, y había diez.

A las nueve recogieron todo Thomas se fue a casa y él se dirigió al hotel. Durante todo el trayecto estuvo reflexionando: "¿Qué es lo que hace a alguien ser así? ¿Naces loco, o realmente es la vida lo que te enloquece? Al final cada uno es lo que la vida ha querido que sea, cada cosa que te pasa, la muerte de un ser querido, superar una enfermedad, somos lo que pasamos lo que vivimos y lo que hemos vivido. Pero ¿Y si los locos son los únicos cuerdos? ¿Y si solo ellos ven lo horrible que es el mundo, lo egoístas, mezquinos, corruptos y lo insensibles que nos hemos vuelto? Quizá sufren humanofobia y esa es su forma de advertirnos y no nos damos cuenta".

Capítulo 6

Nada más llegar al hotel ni se molestó en ir a buscar a Sally, estaba agotado, fue directamente a su habitación, se tumbó en la cama y durmió profundamente.

Se despertó de golpe, como si hubiera tenido una pesadilla pero no fuese capaz de acordarse de qué había soñado. Miró hacia su derecha y allí se encontraba ella mirándolo de una forma como si solo existieran ellos dos en el mundo, como si todo se hubiera parado durante un segundo.

-Buenos días- le dijo Sally.

- Siento no haberte llamado en ningún momento, la verdad es que perdí la noción del tiempo con el caso y... -le interrumpió con un beso, cosa que a él le sorprendió ya que pensaba que estaría enfadada con él.

-¿Te apetece bajar para ir a comer algo?- dijo ella casi susurrando. Él asintió, pero antes le dijo que le diera unos diez minutos para ducharse y cambiarse de ropa.

Al salir de la ducha ella le estaba esperando fuera fumando un cigarrillo su piel era casi tan blanca como la voluta que se formaba al sacar el aire después de darle una calada al cigarrillo.

Bajaron a comer algo, a decir verdad los dos estaban hambrientos, charlaron durante un rato calmadamente hasta que Sally le preguntó si habían avanzado en el caso, se pensó en qué decirle y qué no decirle y luego le contestó. Le dio algunos detalles como que sabían que seguramente era un hombre de unos cuarenta años aproximadamente con una clara obsesión por la iglesia, seguramente era un psicópata o algún trauma le había causado cometer esos homicidios.

El día pasó muy rápido, se tuvo que despedir de todos para coger el coche y dirigirse a buscar a su hija a casa de su abuela.

Al llegar ella le recibió con un gran abrazo, por lo que parecía le había echado de menos, eso por una parte lo enterneció, pero por otra lo hizo sentirse un poco mal ya que él no la había echado del todo de menos porque con el asunto del asesino perdía la cabeza, por no mencionar que en el Curch todo cambiaba, y ni se daba cuenta de su vida o de quién

realmente era.

La semana pasó raramente rápida, él y Thomas investigaban cada vez con más obsesión los asesinatos, y cada vez le encontraban menos sentido, no entendían cómo era posible que alguien cometiera asesinatos tan radicales y no dejase ningún tipo de huella o de prueba. Todo y ser viernes se despertó con una sensación extraña ya que aquella misma noche, es decir, el viernes a la madrugada, se despertó a causa de escuchar a su hija hablar. Fue hacia su habitación silenciosamente y entreabrió la puerta para ver qué estaba pasando dentro. Su hija estaba sentada apoyando la espalda contra la cama y mirando hacia la ventana. Hablaba, no sabía con quién pero estaba hablando como si estuviera manteniendo una conversación. Por un momento pensó que estaba soñando, pero su teoría se derrumbó cuando ella notó su presencia y se giró.

Entra papá, te quiero presentar a alguien -él sin vacilar entró.

-Este es March -prosiguió ella- en aquel momento se le pusieron los pelos de punta, notó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

¿Cómo podía ser casualidad? No lo entendía. Se giró de golpe y no había nadie. Un amigo invisible, pensó para su interior, y dentro de su cabeza lo normalizó, ya que muchos niños a ciertas edades se 'inventan' amigos invisibles para contarles sus cosas o, simplemente, por el hecho de tener a alguien con quien hablar o por no sentirse solos. Después de un rato, le dio un beso en la mejilla y se volvió a la cama con mal cuerpo.

Al día siguiente todo le seguía pareciendo confuso, y tenía un mal presentimiento. Luego se tranquilizó al pensar que era viernes y que al fin iba a ver a Sally.

Después de la dura rutina en comisaría recogió a su hija del colegio, la llevó a casa de su abuela y sobre las ocho se dirigió al hotel.

Cada vez que atravesaba esa puerta se sentía como si estuviera en otro mundo, todas las ideas y sentimientos negativos desaparecen al instante.

Se dirigió al restaurante y, allí estaba ella, con una mirada fría que a él le hacía despertar un sentimiento cálido.

Las semanas pasaban lentas y los fin de semanas rápidos, pero cuando estaba con ella el tiempo parecía que se paraba. Realmente nada de lo

que pasaba en el Church tenía sentido. Pasaron la tarde juntos y a la hora de cenar se fueron con Frida y March. Pasaron una agradable velada juntos, charlaron y bebieron unas copas, como cada viernes que él estaba ahí. Por unos momentos hubo un silencio de repente le vino un flashback en el que aparecía los gemelos del primer crimen ,del asesino al cual investigaban, pero esa vez él estaba allí con Sally. Tenía las manos manchadas de sangre y ella estaba a lo lejos apoyada en una pared fumándose un cigarrillo. Él buscaba su mirada y la sonreía, ella lo miraba y le devolvía la sonrisa.

De repente el silencio se rompió con el ruido de un vaso rompiéndose contra el suelo, volvió al mundo real y clavó la mirada en Sally, estaba empezando a notar un sudor frío por todo el cuerpo que le daba escalofríos. Ella se dio cuenta y le puso una mano en el hombro, le preguntó que le pasaba él solo respondió que le habría sentado mal la bebida. March se levantó de golpe de la mesa y esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Él se lo quedó mirando, siempre iba vestido con un traje negro a juego con la corbata y una camisa blanca. No entendía del todo la situación se encontraba como ausente hasta que March con su gran sonrisa en la cara le ofreció una bebida transparente. Le dijo:

-Tómatelo, te sentirás mejor.- él no se lo pensó dos veces y pensando que sería agua aceptó.

Todo se volvió negro, de repente oyó un grito de una mujer o de un hombre con una voz aguda, no lo tenía claro, de repente notó los labios de Sally contra los suyos y sin entender ni ver que estaba pasando siguió el beso. Agua, de repente sintió que estaba haciendo un esfuerzo enorme con los brazos y notaba que se estaba mojando.

La alarma del despertador sonó más estridente que nunca, o al menos eso le parecía a él. Le dolía la cabeza y se sentía mareado, sentía esa carencia de energía que aparece la mañana después de irse de fiesta, solo que él no se acordaba de que había hecho.

Se intentó levantar de la cama y mantener el equilibrio pero cayó al suelo. Del ruido que hizo Sally se asustó y salió del baño. Lo como pudo en brazos y lo tumbó en la cama, al ver su cara le trajo una papelera por si se sentía mareado hasta el punto de vomitar y si, efectivamente vomitó. Ni desayunó ni comió de lo mal que se encontraba, pasó la mayor parte del tiempo vomitando y durmiendo. Ella tampoco lo hizo ya que no quería dejarlo solo ni a cargo de nadie. Sobre las cinco Frida se acercó a la habitación donde los dos se alojaban ya que le había parecido raro no haberlos visto en lo que llevaba de día. Sally le contó la situación y las dos

entraron en el lavabo para hablar privadamente.

- Sabes perfectamente que no le tendríais que haber dado la última copa.

- Sibus pifriciminti qui ni li tindriis qui hivir didi li iltimi cipi.- respondió Frida en tono burlón y continuó.- Ya sabías donde te metías cuando firmamos el contrato con March, las reglas estaban puestas des del primer instante y tú lo sabías. Pero claro, como ibas a saber quien era él y como era él, como ibas a saber que te ibas a acabar enamorando plenamente de él.- hizo una breve pausa, soltó una risilla entre dientes y continuó.- Tu sabes perfectamente que no te quiere.

- Tu no sabes nada.- respondió cortante Sally.- a lo que Frida contestó.- Los hombres son así, te utilizan para lo que quieren y después cuando tu los buscas ya es tarde, se han desvanecido y tu no te has dado ni cuenta. Y lo sabes mejor que nadie, te pasó con ese chico inglés que vino de vacaciones y te aseguró que se quedaría a vivir aquí contigo y a la mañana siguiente ya había hecho las maletas y seguramente también había cojido el avión de vuelta a su país. Eres inocente Sally, siento si he sido muy dura con mis palabras o no te ha gustado lo que te he dicho, pero sabes que no te he dicho nada que no sea verdad.

-Tu eres ahora una mujer y has pasado de todos los tios a los que has querido, antes eras un hombre y estabas casado, así que no te atrevas a soltarme el estereotipo de que todos los hombres son iguales o que las mujeres solo buscan el amor porque no es así. Cada persona es un mundo, con planetas estrellas constelaciones totalmente iguales a las de otra persona, igual que no sabes cómo me siento tampoco no sabes como se siente él al igual que yo no se como te sientes tu. Se que no lo dices con maldad, se que solo quieres protegerme pero yo me siento bien, es la primera vez en años que me siento así de bien y no quiero que un estúpido contrato que firmé hace años me lo desmonte todo.- dicho esto Sally soltó una lágrima que le recorrió toda la mejilla hasta caer encima de su camiseta. Frida la abrazó y le dijo:

- La verdad es que noto que esto se nos está yendo de las manos. March nos ofreció quedarnos a vivir aquí a cambio de favores y las dos aceptamos, dijo que solo habría que deshacerse de unas cuantas personas primero, hasta me gustaba su idea "deshacernos de todo lo malo que envilece el mundo para renovarlo" pero la cuestión es que somos nosotros ahora quien lo envilecen. No te voy a mentir, a veces siento hasta lastima de lo que le estamos haciendo. Él tenía una vida normal dentro de lo que cabe, le gustaba su trabajo, quería impartir justicia, quería detener a todo aquel que se sobrepase la línea de lo que está bien a lo que está mal y quería ayudar a todas aquellas personas que lo necesitaran. Al final todos queríamos lo mismo para el mundo, y por nuestra culpa le hemos hecho cometer cosas de las que ni se acuerda y que si algún día se entera,

nunca nos perdonará.

Capítulo 7

Aún tenía cara de cansado, aunque dentro de lo que cabe se encontraba mejor que el pasado sábado.

-No volveré a beber tanto, se dijo a sí mismo.

Estaba en el coche con Thomas, esta vez se dirigían a una iglesia. Los dos estaban intrigados como sería la escena que se iban a encontrar dado que los últimos asesinatos del anterior mes podían hacer que a cualquiera se le revolviera las tripas.

Al llegar subieron por unas escaleras para dirigirse hacia la puerta de la iglesia. Esta estaba hecha de una madera aparentemente gruesa y resistente, lo que le daba a pensar en cómo era posible que alguien hubiera entrado aquella noche allí.

Nada más pasar unos cuantos metros ya se veía el cadáver. En este caso era un cura de la iglesia el cual siempre se dedicaba a hacer la misa de los domingos, quizá por eso se encontraba el sábado por la noche allí y más estando en semana santa seguro que tenía algo que preparar.

Su cabeza estaba submergida en el pilar de mármol donde se encontraba el agua vendida. Al retirar el cadáver encontraron marcas de forcejeo en el cuello y las muñecas, lo cual indicaba que el bondadoso cura se había defendido antes de su muerte. Después de estar buscando la nota la cual siempre dejaba el asesino un policía miró hacia el techo de la iglesia y de la sorpresa se le cayó la cámara que poseía en la mano. Fue a buscar a Thomas corriendo para darle la noticia. Este se quedó tan sorprendido como el otro policía.

En el techo había escrito en rojo con unas letras de dimensiones enormes:

“Amarás a dios sobre todas las cosas” y un poco más abajo ponía “ No tomarás el nombre de dios en vano”.

La primera pregunta que se hizo él al verlo fue cómo podría alguien esmerarse tanto para escribir esos dos mandamientos en el techo altísimo de la iglesia.

La investigación estaba llegando a un punto que hasta empezaba a ser confusa. En su vida empezaban a suceder cosas muy fuera de lo normal y

hechos inexplicables. Pero que pronto cobrarían un sentido.

Capítulo 8

Era tarde, muy tarde. Y seguía en la oficina analizando cada pequeño detalle de cada imagen minuciosamente. No entendía como alguien sin formación podía no dejar rastro alguno después de una larga sucesión de asesinatos. Cada vez le asombraba más hasta un cierto punto de locura el caso.

Emma se sentía preocupada por su padre ya que pese a que era una niña lo notaba ausente y menos pendiente de ella de lo que solía estar antes y eso junto la ausencia de su madre la entristecía, pero afortunadamente su abuela también iba a su casa por las tardes para hacerla compañía ya que las dos se recomfortaban y se lo pasaban bien juntas.

Ya era viernes, se sentía aliviado al saber que iba a ver a Sally y podría desconectar un poco de todo.

Al llegar al hotel tuvo un extraño presentimiento ya que Frida no estaba en la barra del bar cómo solía estar siempre ni Al estaba en el recibidor.

Se dirigió directamente a su habitación ya que estaba tremendamente agotado y pensaba que igual Sally lo estaría esperando allí, pero llegó, y nadie lo estaba esperando. Se quedó parado al entrar ya que el armario de su habitación estaba desplazado ligeramente hacia la derecha. Se asomó y vio que aquel grande armario estaba ocultando algo. Tardó un rato debido al grande tamaño de este pero consiguió apartarlo. Detrás de este había una puerta y, como no, decidió abrirla para ver que ocultaba detrás.

Era una sala de grandes dimensiones, con una enorme pantalla parecida a las de cine y unas cuantas butacas rojas acolchadas como sillones de terciopelo rojo. Era bastante oscura y le transmitía una sensación de miedo, pero decidió indagar un poco más. Delante de las butacas había una pequeña mesa de madera oscura y encima de esta un mando de televisión el cual seguramente hacía funcionar la pantalla. No pudo resistir la tentación, así que decidió sentarse en una de esas butacas y le dió al botón de encender.

Se escuchaban unos ruidos ensordecedores y después se escuchaba la risa de Sally lo cual le hizo levantar un poco la comisura izquierda del labio. No se veía nada, a pesar de los ruidos que se escuchaban se veía una imagen negra.

De repente aparecía él riéndose a carcajadas y después dándole un beso a Sally. Paró un momento la imagen y miró el fondo de esta. Era la mansión del asesinato de los gemelos. Se quedó atentamente mirando todos los vídeos y al acabar se quedó en shock. Llevaba unos meses buscando al asesino de los mandamientos el cual había realizado tales atrocidades, y todo este tiempo había sido él.

Era él quien salía en los vídeos matando a toda esa gente que ni sabía quienes eran antes de matarlos era él el que cometía esas barbarías. Pero no estaba solo, en los vídeos también salía Frida, March y lo más importante, Sally. Se pasó una hora dándole vueltas a como había podido llegar a ese extremo. Y empezó a atar cabos y a recordar todas esas noches con sobreexceso de alcohol. Ahora lo entendía todo. Solo había sido objeto de un juego, un sucio juego de ilusión engaños y mentiras. De repente se escuchó un ruido, era Sally. Lo vio sentado en la butaca con una expresión de odio, nostalgia confusión e ira que se le erizó en bello. No sabía que decirle no sabía cómo comenzar a explicárselo todo.

Empujándola hacia un lado salió corriendo del hotel y fue corriendo hasta que notó que el aire no le llegaba a los pulmones.

No podía parar de preguntarse el porqué, porqué le habían hecho eso a él.

Pero, ¿Quién era él? de dónde venía, cuál era su nombre, su fecha de cumpleaños, su ideología, sus motivaciones y sus aspiraciones en la vida eran aspectos los cuales no sabía dar solución a las respuestas.

Se quedó mirando hacia la luz radiante que desprendía una farola en el medio de el puente de esa noche oscura, notaba como la corriente de aire que pasaba por este le acariciaba el rostro. Al oír unos pasos se giró y vio la figura de una mujer corriendo desesperadamente hacia él. Pero ya era tarde, ya había asumido que había preguntas de las cuales nunca encontraría respuestas y, de repente, el ruido de algo chocando contra el

agua rompió el silencio de lo que parecía una tranquila noche.